

Solemnidad del Corpus Christi (11-06-2023)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Unidos a la Iglesia universal, en la adoración del Cuerpo y la Sangre de Cristo, expresados en la Hostia que nos reúne hoy día a todos en unidad, rezamos, también, por el Santo Padre Francisco, por su salud, uniéndonos a ese cuerpo, a esa alma, a esa voz, a esa palabra universal de Pastor que nos acompaña siempre esperando en el Señor.

Para mí es una gran alegría como arzobispo, junto con nuestros obispos, encontrarnos en esta mañana de celebración del Cuerpo y la Sangre del Señor, porque estamos unidos como Pueblo de Dios en medio de un camino que el Santo Padre ha llamado “un camino sinodal”; que, ante todo, es un camino juntos para ir haciendo nuestra Iglesia, mejorándola, dando a nuestra historia algo nuevo, que sea motivo de esperanza para todos los peruanos, para todos los limeños, en esta Lima que es tan diversa y ahora es la primera ciudad quechuablante del Perú, y en donde nuestra Iglesia necesita dar testimonio y abrir nuevos caminos.

¿Que impedía comprender las palabras de Jesús a estos judíos o judaizantes? ¿Qué bloqueo se llevan las personas cuando alguien dice algo profundo y, más bien, distorsionan lo que dice o se le reemplaza por una actitud escandalosa que impide abrirse a intentar comprender?

No es que Jesús haya hablado en forma extraña, complicada; lo que sucede es que ha dicho algunas cosas dentro de un mundito exclusivo, que es el mundito del templo de Jerusalén, y de una mentalidad hebrea que, desde hacía tiempo se ufanaba de la tradición de Moisés, se ufanaba de que el pan

que comió Israel en el desierto era algo así como un rito único, imperecedero, en donde no había que abrirse ya a nada distinto de él. Se había generado un conjunto de costumbres religiosas que estancaron a Israel en el solo recuerdo de Moisés. Y, por tanto, olvidaron que ese pan del desierto, el Maná, estaba orientado a un pan nuevo, distinto, que Dios había prometido a Israel. Ese pan nuevo no era solo salvarse del hambre, sino era un pan para que hubiera, en abundancia, vida, para que hubiera vida plena, vida eterna, es decir, vida bella, vida en amistad, vida comprensiva de las personas de todos los pueblos, vida interesante, vida fecunda, vida buena, vida pacífica. Y, por lo tanto, vida en Dios amor.

Para eso, como anticipo, había sido dado el Maná. Y había de cumplirse esa promesa a lo largo del tiempo, y Jesús es el cumplimiento de esa promesa. Ese pan Maná tenía que ser superado por un pan nuevo, ya que la sola alimentación pasajera, sin compartir, el solo comer para mi (así sea para mi alma), puede alimentar (y de hecho alimenta y procura) más egoísmo, más corrupción, más ambición, más indiferencia, más encono, más riñas, más intereses; que impiden la vida humana mejor propia del bien común.

Pero Jesús se concentra en servir al sufrimiento de los que mueren de hambre, organizando toda la vida sobre el acto generoso y solidario del compartir, incluso, compartiendo lo que nos falta. Por eso, hemos llamado como lema a este día: “Te reconocemos, Señor, al partir el Pan”. Y como un signo de eso, los muchachos, los jóvenes, junto a todas las Parroquias, han preparado unos dones que ustedes han traído, para que sea nuestro signo en la adoración que hacemos hoy, y termine en la solidaridad con las ollas comunes, con los más necesitados y con todo lo que esperamos que pasará, porque ya se ha declarado que comenzó el “Niño global”. Y todos tenemos que prepararnos con el ánimo solidario para enfrentar aquello que puede ser grave para todos.

Si en el desierto, el don del Maná llovió del cielo, era para alimentar a Israel no solo físicamente, sino para que conociera que lo que se recibe como don, debería transformar a Israel en don, en favor, en regalo, para todos, especialmente, los más vulnerables. Toda la historia de Israel es la progresiva y paciente enseñanza de Dios para que su pueblo aprenda a amar, y así sirva a los demás pueblos. Ese también es el camino de la Iglesia.

Recuerden que Dios, al primero que elige, es Abraham, y le dice: “Sé tú una bendición para todos los pueblos de la tierra”, es decir, sin ninguna discriminación ni marginación, para hermanarnos a todos. Pero ¿qué sucedió? Los sacerdotes del templo incentivaron al pueblo a creerse pueblo “privilegiado”, y a creer que ese regalo del Maná había sido dado por un mérito que habían hecho. Y por eso, había que ser “puros”, ser “perfectos”, sin mancha, e incentivaron a sentirse superiores.

Por lo tanto, para ser pueblo privilegiado y que Dios nos siga dando los privilegios, había que cumplir a rajatabla todas las normas de pureza, y así, Dios no “desatara su ira”. Los sacerdotes, sobre todo, en esta larga historia, incentivaron más esta mentalidad, y obligaron a que el pueblo sencillo se comportara como quien debe pagar el favor que les hizo Dios de los privilegios. Y, entonces, deberían “ganarse” más méritos para tener más regalos y privilegios, porque Dios era “solo para los mejores”. ¡Toda una mentira!

Dios había regalado gratuitamente el Maná, y lo que incentiva Dios es a aprender a ser don, ser regalo, como persona y como pueblo. Por ello, Dios, con su signo del Maná, solo había querido ayudar a la liberación de su pueblo para hacerle comprender cuánto lo amaba gratuitamente, y cuando este pueblo acogiera y asumiera ese signo gratuito, debería volverse también un don, un regalo para los demás, *para todos los pueblos de la tierra*, como lo prometió Abraham.

Los sacerdotes del templo de Jerusalén, en esa época, desviaron este camino de la promesa, remitiendo siempre a su pueblo al pasado; de modo que solo ese pan del pasado bastaba. Por más que Dios da ese pan a vistas de un pan sustancialmente nuevo que conduce a vivir plenamente con el que, por medio de la alimentación, cada creyente y todo el pueblo se van generando como un don de Dios que da vida plena, una vez recibido, y conduce a salir a servir, generando un ser humano, nuevo, testigo y misionero. Se olvidaron de todo esto, de la promesa, y se refugiaron en el pasado.

Es eso lo que los judaizantes no quieren asumir. Consumir el Cuerpo del Señor es asumirlo en nuestra vida para ser como Él. Cuando Jesús se presenta como el Pan bajado del cielo que se comparte para dar vida al mundo, con su Cuerpo y con su Sangre, es decir, como don de vida que da Dios, perdonando al ser humano para que se alimente de ella, los judaizantes no pueden creerlo y lo rechazan. ¡Cómo puede **este...** darnos de comer su carne!, dicen.

No lo decimos nosotros, porque somos muy respetuosos de Jesús y de Dios, pero, a veces, comemos el Pan de la Eucaristía, el Pan partido, pero nos detenemos en el darnos a los demás. Yo quiero agradecer a toda la Iglesia de Lima que, en el último tiempo, estamos viviendo ese paso que Jesús quiere: que comulgar sea, luego, entrar en comunión con todos; ser signo la Iglesia de Lima de la unidad que tiene que existir en nuestro país para salir todos adelante. Nadie se salva solo.

Por eso, no los judaizantes entienden el lenguaje que Jesús habla, lo desprecian, lo consideran un destructor de la fe hebrea, y no quien cumple la promesa. No esperan más que lo de siempre, ya no reciben a nadie más, son ellos los únicos puros, los santos. Lo rechazan porque Jesús se junta con los pecadores y come con ellos, no lo ven como cumplidor de

promesas porque ya no esperan que se realicen. No creen que estas promesas se cumplen en la historia.

Así, nos puede pasar a nosotros, y está pasando en algunos sectores, que, a veces, son renuentes a entrar en el proceso de conversión que el Papa está reclamando en toda la Iglesia a nivel mundial, para ayudar a salvar a esta humanidad. La fe no es solo para revivir el pasado haciendo las costumbres de antes, sin saltarse una coma. No aceptan que es un alimento que transforma nuestra vida en una vida de amor, que es la verdadera eternidad que comienza aquí y se dirige al amor pleno cuando nos encontremos con el Padre cara a cara. La eternidad, hermanos, comienza aquí en el amor. Quien ama tiene vida eterna ya, ahora... la tendremos también en la otra vida, mucho más, pero ya, así, unidos los hermanos, con este gesto solidario, tenemos ya vida eterna y somos ya como el Señor.

Por eso, Jesús critica este ritualismo cerrado que excluye asumir, saborear, gustar a Jesús: *“Mi cuerpo es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”*, porque Jesús ha mostrado que su vida es siempre un don permanente que, viniendo del cielo, se ha compartido con todos a través de sus obras, con los maltratados en el templo. Los judaizantes no creen, ni siquiera, en esas pocas obras. Por eso, Jesús les dice: *“No tienen vida en ustedes”*, es decir, están muertos.

La vida eterna, en cambio, viene de allí, de Jesús que, constantemente, la entrega, suscitando la vida y no matando la vida de los vulnerables, como lo hace el “poderoso templo” que genera muerte, que pretende apedrear a la pecadora, que no hace nada por ayudar a que el paralítico llegue a la cola del agua, que acusa de pecador al pobre ciego de nacimiento, alimentando desde el templo el “pan de la indiferencia”, simbolizado en el Maná de Moisés, que ciega y cierra los ojos a la novedad del Pan de Jesús, su vida entregada.

Esta ideología del purismo, que no acepta saborear y gustar a Jesús para asumirlo, pretendió cegar tanto al pueblo que cuando, al inicio del Capítulo 6 del Evangelio de Juan, ese pueblo cree que Jesús comparte el pan porque gusta ser rey. Es como esos regalitos que se hacen antes de las elecciones a la gente, como si eso fuera lo que está haciendo Jesús. No es así.

Jesús no quiere ser ni un Moisés ni gobernar como rey. Él compartió el Pan para ser el servidor crucificado que se pone en el lugar de los últimos, el crucificado que comparte su Cuerpo y su Sangre con nosotros y suscita y resucita nuestra capacidad de amar, y de amar generosa y gratuitamente.

Por eso, hoy queremos adorarlo con las dos imágenes juntas: la del Crucificado Resucitado expresado en la Cruz (que va a ir delante), y en la Custodia, donde está su Pan sencillo compartido en la Última Cena; para que lo contemplemos, lo asumamos, lo comamos, nos deleitemos, alimente el compartir nuestra vida para que nos transformemos todos en un pueblo donde vivamos la justicia, el derecho, la paz, el reconocimiento de cada persona, el derecho, el respeto a la mujer, el respeto a cada lengua, a cada pueblo, a cada generación, a cada niño y niña, a cada joven, a cada migrante, a cada provinciano, a cada comunidad (sea quechua, aymara, shipibo conibo, awajun, asháninka, y tantas otras que son el Perú). Y, por lo tanto, una comunidad de hermanos y hermanas peruanos porque, en nuestras costumbres, a veces, hemos olvidado, marginado y maltratado, prejuzgando de ellos y hasta haciéndoles daño.

La próxima semana, hermanos y hermanas, celebraremos aquí en la Catedral y en la Plaza de Armas, el Corpus Christi Andino, con todos los hermanos quechuas, aymaras y otras lenguas de nuestro Perú. Quisiera que el próximo año no lo celebremos separados, sino que celebremos aquí una sola fiesta como signo de la Iglesia que une y del Perú que todos

esperamos. Ese es el Perú que el Señor nos invita a construir por su libre voluntad, que quiere la unidad y el hermanamiento de todos los humanos, en especial, de todos los peruanos y peruanas.

Y porque queremos un Perú feliz y una Iglesia comprometida con la Patria, no comulguemos sin dejarnos transformar en hermanos comprometidos, en Hostia Santa también nosotros para ser compartida, sirviendo a nuestro país y a los más vulnerables. La vida eterna que nos da Jesús culmina en la Gloria del Padre, y como hemos dicho, comienza aquí, amando, sirviendo y hermanando.

Dejemos que Jesús nos siga transformando según la voluntad del Padre, dejémonos convertir en un solo pueblo de amor y de acogida sin marginación ni maltrato, ni de desprecio ni de muerte, como ya ha sucedido en nuestro país y también en nuestra Iglesia, por lo que hemos de pedir perdón reparador, afrontando con responsabilidad los males cometidos y uniéndonos a un proyecto común como ciudadanos y como hermanos.

Cantábamos en el colegio, a eso de los 14 o 15 años:

Bone Pastor
Panis vere
Gesù nostri,
miserere.
Tu nos pacis
Nos tuere
In terra viventium. Amen

Buen Pastor,
Pan verdadero,
Jesús nuestro,
ten piedad.

Tú nos alimentas,
Tú nos cuidas,
haznos ver cosas buenas
en la tierra de los vivos. Amén

Que el Señor nos bendiga y nos haga Pan compartido de nuestras vidas con todos, amándonos y acompañándonos en el camino sinodal que el Papa nos ha propuesto.